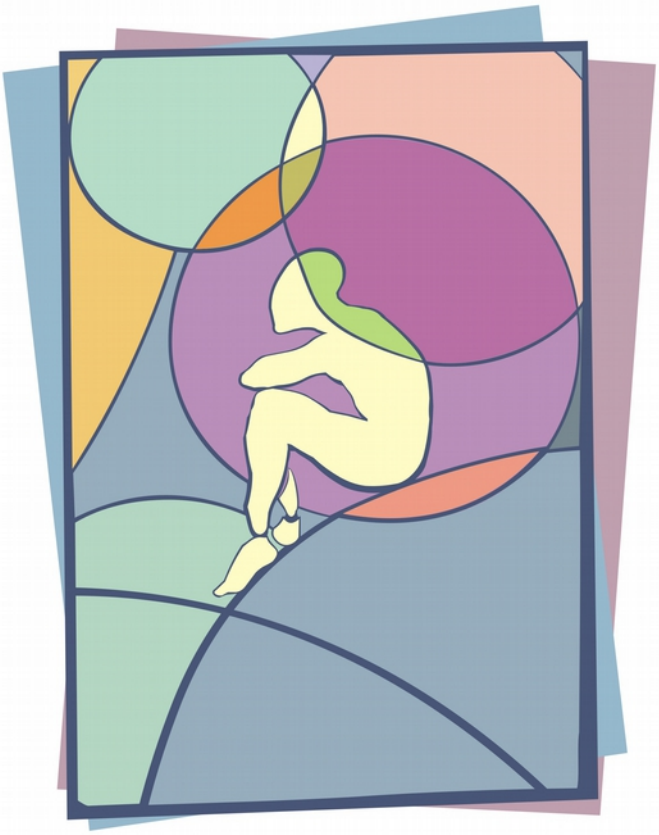

CC ONG

AYUDA AL DESARROLLO

www.ccong.es

BURKINA FASO . DEL VEINTICINCO DE NOVIEMBRE DEL DOSMILTRECE AL TRES DE ENERO DEL DOSMILCATORZE

Dimitri. Mi estancia en Burkina Faso se llama Dimitri. Desconozco que polvos mágicos tenían estos ojos pero me eclipsaron desde el minuto uno. Sí, es un tópico. ¿Y qué?

Desde tiempos inmemoriales mi alma y puede que mi mente también deseaban hacer un viaje a África y además, en un orfanato. No me importaba el país pero África me llamaba con su voz de sirena. Era una de las pocas cosas que tenía claras. Aún y la vastedad de Google no encontré ninguna organización que me convenciera y viceversa. Todos pedían mucho. Un día, di con CCONG y después de hablar con Rafael y que me lo pusiese tan fácil me eché atrás. Mi pensamiento gritaba:" ¿Por qué es tan fácil?", " debe haber algún pero". Y no fui. Ahora que podía, me entró el pánico. Pánico al sí.

Pero África continuaba torturando mis pensamientos y después de dos años cogí el teléfono y volví a contactar con Rafael. Me lo volvió a poner muy fácil y antes de cambiar de opinión fui a comprar el billete. 1 mes y ocho días.

Nervios, miedos, ilusión; la combinación de siempre. A Ougadaogou llegué pasada la medianoche. Con jersey de cuello alto y bufanda. Y con el chip europeo que hizo que cogiese el cinturón al subir al taxi, delante de la carcajada extrema del taxista que me dijo que " ne marche pas(no funciona)". Fuimos despacio hasta el albergue; con la ventanilla bajada. Ougadaougou se me hizo una ciudad fantasma, como erguida en medio del desierto. Pensé que a la mañana siguiente nada de lo que estaba viendo seguiría en pie. Calor, vendedores de zapatos en medio de la calle a las dos de la mañana. ¿Viene gente a comprar zapatos a estas horas? Y el taxista sin parar de enseñarme sus dientes me dijo que sí.

Al despertar topé con algo con lo que nunca hubiese pensado encontrar. La contaminación bestial del aire. Tardé una semana en acostumbrarme a respirar aquel aire relleno de los gases infernales que salían de los millones de motos que circulan por las calles, las basuras esparcidas por el suelo y el polvo de las calles sin asfaltar. Entendí entonces el porqué de las caretas que casi todos los que iban en moto llevaban. Lo que aún me quedó por comprender es porque las mujeres van todas con peluca.

Hice un diario. Así que podría hacer un escrito de treinta y pico de páginas. Pero seguramente no interesa a nadie. Es como aquello de las fotos que se enseñan y nadie quiere ver en realidad.

Tanto el albergue Les Lauriers donde me hospedé como el orfanato Home Kisito eran una especie de burbuja europea dentro de este continente. Esto es al menos la sensación que tuve ya que en África, los suelos no suelen ser embaldosados, ni tienen el wc que nosotros conocemos como tal. Así es que tanto un edificio como el otro tendían más a construcciones europeas que africanas. La comida en les Lauriers fantástica. Y los trabajadores del comedor, más fantásticos aún.

Home Kisito. El orfanato no rebosa amor. Sor Claire, la directora, me recibió muy bien y fue atenta y agradable conmigo. Las demás monjas también. Sobretodo Vivianne y Laurence que

me acogieron como una más y me invitaban siempre a su pequeña habitación y les ayudaba con sus trabajos artísticos para decorar el orfanato.

Con las monjas también trabajaban las que allí se conocen como “Mamans”, que son mujeres autóctonas de Burkina. A parte de una chica joven con la que tuve una buenísima relación, Maman Elene, Maman Pascaline y otra de la que ahora no recuerdo el nombre, las otras dejaban bastante que desear. Me miraban un poco con cara de “ que te crees? Que vas a salvar el mundo con tu voluntariado de un mes?”. Así al menos lo percibí. Se les notaba como cansadas de este trabajo. Había pocas que dieran cariño a los niños.

Yo trabajaba por las mañanas, de 7:00h a 13:30h. El día empezaba con un rezo y deseándonos una feliz jornada mientras se escuchaban de fondo los lloros de los niños que ya iban despertándose.

En Home Kisito está la sección de los niños pequeños que va desde 0 a 6 o 7 meses y la de los “mayores” que va desde los 7 meses hasta 3 años más o menos. Dimitri tenía dos meses.

Durante mi jornada en la sección de los pequeños les dábamos el biberón cada tres horas (a las 7:00h, a las 10:00h y a las 13:00h). Los ratos entre toma y toma los niños estaban en sus hamaquitas. Algunos lloraban pero cuando los cogía me decían que mejor no, que se “acostumbraban” y después siempre querrían estar en los brazos. Me dolía demasiado pensar que no podía darles un poco de calor, de besos y mimos porque sino “se acostumbraban”. Y algunas veces los cogía igualmente.

La sección de los mayores era más guerrera. A las 7:00h los duchaban, les dábamos la leche con cereales y después jugaban hasta las 10:00h. Juguetes, gritos, lloros, risas, abrazos,… A la hora de las duchas vi cosas desagradables. Había un niño que a mi parecer debía ser autista y se movía mucho dentro de la ducha y las Mamans a veces le pegaban. No eran palizas pero aunque fuera poco, esto no vale y no se debe admitir. No hay justificación. Y menos a un niño con una disfunción. Me preguntaba de que servirían los rezos si diez minutos más tarde las siervas del Señor obraban de tal manera.

Yo me iba turnando, una semana estaba con los pequeños y otra con los mayores, aunque siempre que podía me iba con los peques, que me habían hecho el corazón de plastilina. Sobretodo Dimitri, no sé si ya lo había dicho. ¿Lo había dicho,no?

Es curioso la cantidad de gente que conoces en un período tan corto de tiempo. El hecho de viajar sola hace que todo el mundo se convierta en un conocido, en alguien a quien saludar, a quien preguntarle que tal el día, a quedarte sentada en el patio del albergue a la hora de los mosquitos devoradores solamente porque quieres escuchar la historia de alguien que te parece en aquel momento lo más importante del mundo. Conocí a muchos franceses, a italianos, unas misioneras de Valladolid, Pilar, una misionera de Zamora y Beatriz, otra de Colombia que me dieron polvorones de la Estepa, un ex legionario polaco, Pilar y Ricardo una pareja de misioneros laicos de Méjico que fueron como mis padres allí y a los que tengo que agradecer tantísimo, una pareja de Girona y un infinito etcétera.

Ousmane, el chico que me vino a buscar al aeropuerto se convirtió en mi amigo, en alguien con quien salir a cenar un sábado o a quien contarle mis cosas. Mi apoyo. Y ese alguien dos semanas antes no existía para mi. Es curioso, sí.

Me quedo con todo esto. Con las personas por las que ha merecido la pena hacer este viaje. Ousmane, su amigo Mumuni, Bouba, Pilar y Ricardo, Viviane, Laurence, y sobretodo Dimitri. Esos ojos y esta boca de ciruela madura merecen mis eternas reverencias.

Y sobretodo gracias a ti Rafael, por haberme ayudado a tachar una de las cosas pendientes y poder pasar página.

Ahora decidme que no queréis estrujarlo a besos: (es Dimitri)